

# La OPEP y el Tercer Mundo en los conflictos de la crisis de energía

HECTOR MALAVE MATA\*

## INTRODUCCION

Tanto se ha escrito sobre la crisis del capitalismo mundial, sobre la irracionalidad estructural y las perturbaciones recurrentes del propio sistema, que es casi imposible volver sobre el asunto sin reiterar lo que se ha dicho acerca de los hechos y las tendencias que éstos determinan, ni considerar que la crisis capitalista, con los trastornos y la incertidumbre que comporta, constituye una fase transitiva que supone desestructuraciones irrevocables, reajustes correctivos o cambios significativos. El proceso de internacionalización de la crisis, que ocurre en un ámbito mundial donde coexisten dominios centrales y espacios periféricos en relación asimétrica, ha conducido a los países desarrollados y subdesarrollados al umbral de una confrontación que parece tornarse cada vez más contradictoria, en virtud del reparto desigual de los traumas generados por los quebrantos del sistema. Unos y otros países, con posiciones incompatibles en el desorden económico mundial, protagonizan un irreductible conflicto de intereses

que ha dado origen, a raíz de la crisis de oferta de las materias primas, al planteamiento sobre la necesidad de convertir la indisciplina de la producción y el intercambio en un orden ajustado a los requerimientos del equilibrio económico internacional. De no realizarse ello, los países periféricos continuarán absorbiendo los peores efectos de las crisis con las cuales se paga el precio del progreso fulgurante alcanzado por la vanguardia capitalista occidental en la posguerra.

Es por esto que la producción teórica inscribe la emergencia de la llamada *crisis de energía* —con sus causas y efectos, con sus manifestaciones e implicaciones— en un contexto internacional donde los hechos y las expectativas denuncian el comportamiento irracional del capitalismo tardío, como sistema que funda su reproducción en el consumo dispendioso de recursos y factores. Señala asimismo, que tal crisis, antes que atribuible a la escasez coyuntural de combustibles convencionales, debe ser imputable, en una perspectiva con connotaciones más económicas que naturales, al desorden y la anormalidad que estorban el funcionamiento del sistema capitalista, que no puede reproducirse en escala ampliada sin una rectificación estructural de sus patrones de producción, distribución y consumo. La crisis de energía, así, es considerada como una modalidad específica de la crisis estructural que

\* Profesor de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Esta ponencia fue presentada el 13 de noviembre de 1981 en el Simposio Energía y Sociedad, organizado por el Colegio de Sociólogos de México en la ciudad de México.

afecta particularmente al capitalismo de los centros, debido al funcionamiento de un modelo tecnológico que, con los auspicios de una ideología del progreso que encubre usos destructores, ha exacerbado el derroche de combustibles, sin adoptar oportunamente providencias de conservación ni estrategias para la utilización de otras fuentes energéticas.

#### EL CONTEXTO TRIANGULAR DE LA CRISIS DE ENERGÍA

A comienzo del decenio de los setenta ya se pronosticaba el inevitable advenimiento de la crisis de energía, con augurios francamente desfavorables para los países capitalistas industriales que hasta entonces habían utilizado el petróleo, abundante y barato, como base del gigantesco desarrollo de sus economías. No pocos especialistas estimaban en 1972 que el mundo se aproximaba rápidamente a una dramática escasez de petróleo, porque el aparato productivo del sistema, en estrecha interacción con los excesos consumistas de sus metrópolis, devoraba enormes proporciones de ese recurso sin asegurar las condiciones de su utilización racional, ni estimular su revalorización frente al crecimiento exponencial de su consumo. La finitud decreciente de las reservas petrolíferas mundiales, el despilfarro incontenible de energía y la demora en poner en marcha otras fuentes energéticas, lanzaron a los precios del petróleo a niveles más remunerativos. En 1974, confirmando con esta evidencia el sentido de aquella predicción, el proyecto Mesarovic-Pestel, conocido como segundo informe al Club de Roma, afirmaba que "existen muy pocas dudas en la actualidad respecto al hecho de que estamos sumergidos profundamente en una crisis global de energéticos que empeorará antes de mejorar".<sup>1</sup> Este diagnóstico, considerado como una seria advertencia contra el desperdicio y las extravagancias que multiplican la acumulación en el capitalismo de los centros, remitía explícitamente a la proposición de enfrentar el síndrome de la crisis mediante el cambio del patrón de crecimiento. En efecto, el crecimiento exponencial, concebido como crecimiento mismo sobre la base de la dilapidación de recursos no renovables, no podía continuar indefinidamente sin tocar las fronteras del colapso mortal.

Las corporaciones petroleras transnacionales, por mandato de las expectativas que turbaban el futuro previsible, adoptaron desde el inicio de ese decenio la estrategia de una brusca capitalización de sus ganancias, para financiar sus inversiones en la producción de otras fuentes de energía. La escasez de petróleo, aunada a los riesgos derivados del auge de las nacionalizaciones en la periferia productora, estimulaba la búsqueda y el desarrollo de posibilidades energéticas que, sin descontar los ingentes recursos aplicables al financiamiento de los programas respectivos, confirieran a las economías centrales una relativa independencia de los suministros externos. La geopolítica mundial del petróleo, modificada por las reivindicaciones de los países exportadores y la declinación de la hegemonía estadounidense, parecía denotar que resultaba "una elección muy difícil entre una solución de autarquía costosa y una solución de dependencia, siendo las consecuencias mundiales de la una tan difíciles de apreciar como las de la

otra".<sup>2</sup> En efecto, la primera requería grandes inversiones, con repercusiones inflacionarias en los precios internos de la energía, mientras que la segunda colocaba a los países que la adoptaban en una situación de peligrosa vulnerabilidad externa. Empero, la creciente turbulencia en los países productores del Medio Oriente y el elevado costo de la independencia energética determinaron que las transnacionales, que ya habían iniciado con éxito su transformación en grandes monopolios de la energía, estimularan el encarecimiento del petróleo. Con ello, por una parte, obtenían ingresos extraordinarios para financiar los proyectos de sustitución energética y, por otra, tornaban rentable la explotación de los yacimientos petrolíferos de los países importadores, como Estados Unidos.

Esos auspicios de las corporaciones transnacionales y los insistentes planteamientos de la OPEP para aumentar las cotizaciones de sus hidrocarburos se conjugaron excepcionalmente, provocando la repentina revalorización del recurso, sin necesidad de apelar a la confrontación que periódicamente protagonizaban las empresas concesionarias extranjeras y los estados productores. En septiembre de 1973, por primera vez en la historia de la OPEP, el precio de realización mercantil del petróleo rebasó su precio nominal, revelando que esa organización, beneficiada por la coyuntura petrolera internacional, iniciaba una etapa de logros reivindicatorios desde una firme posición negociadora, que preludiaba alteraciones significativas en la estrategia energética de los centros imperiales, pues era evidente cierto cambio en la estructura de cartelización mundial del petróleo a favor de los países exportadores. Ello ocurrió justamente cuando, con motivo de las restricciones impuestas al consumo por la crisis y el auge de los precios del combustible líquido, se había "puesto de moda denigrar los éxitos de la sociedad industrial, favoreciendo las supuestas virtudes de una vida más simple en el pasado".<sup>3</sup>

La cuadruplicación de los precios del petróleo en el período 1973-1974, acompañada de los efectos de la crisis energética en plena efervescencia, tuvo disímiles repercusiones en el contexto triangular del escenario petrolero, ya que ocurrió entonces una extraordinaria transferencia de ingresos desde el mundo industrializado hacia los estados de la OPEP, lo cual produjo en aquél un deterioro de las respectivas balanzas de pagos y causó en éstos un notable resarcimiento de su capacidad adquisitiva externa; por su parte, en el mundo subdesarrollado no petrolero, crónicamente afectado por su intercambio desfavorable con los países capitalistas opulentos, crecieron las dificultades de pagos externos y de financiamiento interior, en virtud de la gran absorción inflacionaria derivada del encarecimiento adicional de las manufacturas y tecnologías importadas, y también, aunque en menor medida, del alza en la factura de sus importaciones de petróleo. La revalorización de los hidrocarburos en aquel lapso significó para los países de la OPEP un aumento en sus ingresos por exportaciones petroleras de 42 000 millones de dólares en 1973 a 116 000 millones de dólares en 1974,<sup>4</sup> mientras que para las naciones de la OCDE representó desembolsos por importaciones netas de petróleo que se incrementaron de

2. Michel Grenon, *La crisis mundial de la energía*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, p. 121.

3. Gerald Foley, *La cuestión energética*, Ediciones Serbal, Barcelona, 1981, p. 291.

4. *Perspectives Economiques de l'OCDE*, núm. 27, OCDE, París, julio de 1980, p. 143.

1. Mihajlo Mesarovic y Edouard Pestel, *La humanidad en la encrucijada*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, p. 170.

13 000 millones de dólares aproximadamente en el primer año a poco más de 100 000 millones de dólares en el siguiente.<sup>5</sup>

Los aumentos de precios también tuvieron efectos negativos en las economías de los países subdesarrollados no productores de petróleo, puesto que el valor de sus importaciones petroleras se incrementó de 8 000 millones de dólares en 1973 a 24 000 millones de dólares en 1974, lo cual significó una carga suplementaria equivalente a 10% de sus importaciones totales de bienes y a 2.5% de su producto nacional bruto.<sup>6</sup> Empero, la tasa de crecimiento de esas economías apenas disminuyó —no como consecuencia, según la OCDE, del efecto de las cotizaciones petroleras—<sup>7</sup> al pasar de 6.1% en 1967-1972 a 5.6% en 1973-1975, mientras que los países capitalistas avanzados disminuyeron su ritmo de desarrollo de 8.8% a 1.8% entre ambos períodos.<sup>8</sup> La influencia de la elevación de los precios del petróleo, como parece desprenderse de las cifras anteriores, fue mayor en las economías de la vanguardia occidental capitalista que en las de los países del Tercer Mundo, con balanza petrolera deficitaria.

Los países capitalistas del centro, afectados crónicamente por una inflación imputable a las perversiones de sus propios mecanismos de dominación y competencia, han considerado a los precios remunerativos del petróleo como causa del agravamiento inflacionario de sus economías y como factor determinante de su situación recesiva, atribuyéndoles efectos graves en el nivel de empleo y la balanza de pagos, pero sin considerar que, con anterioridad a la revalorización petrolera, “la inflación se inició en Estados Unidos en 1966 y desde entonces no se ha detenido”,<sup>9</sup> alcanzando elevados niveles en años precedentes al período 1973-1974. En lo que concierne a Francia, Alemania Occidental y el Reino Unido, los porcentajes de cambio en los índices de precios al consumidor disminuyeron de 80, 53 y 90, en el lapso 1960-1973, a 59, 23 y 88 en el período 1974-1979, respectivamente.<sup>10</sup> Durante el período 1966-1974 las variaciones porcentuales en los índices de precios al consumidor de los países exportadores netos de petróleo fueron siempre menores que las variaciones correspondientes de los países capitalistas industrializados, mientras que en el período 1975-1980 se invirtió totalmente esa tendencia en ambos casos.<sup>11</sup> Ello indica que los países a los cuales se les acusa de agravar la inflación en las economías centrales, con el aumento de los precios del petróleo, son ciertamente los más afectados por el flagelo inflacionario a raíz de la crisis de energía suscitada en 1973-1974. Si se entiende que los precios internos del combustible son más baratos en los países exportadores que en cualquiera otra parte del mundo, lógicamente debe inferirse que la inflación persistente que afecta a tales países es de procedencia predominantemente exógena, siendo absorbida por las economías recipientes por medio de los flujos y movimientos del intercambio que

mantienen desventajosamente con las economías metropolitanas.

Las metrópolis capitalistas, con motivo de las repercusiones de la crisis de energía, aprovecharon el argumento del alza de los precios del combustible líquido para proyectar mundialmente una imagen negativa de la OPEP, procurando que los países subdesarrollados no productores de petróleo, abandonaran sus quejas contra el mundo desarrollado y reaccionaran contra aquella organización. De esa manera colocarían a los países exportadores netos entre la protesta de la periferia deficitaria y la vindicta de las poderosas naciones industriales, aunque al respecto la coartada ideológica de los centros imperiales quedaba en evidencia a la luz de la propia lógica de la crisis de energía. En ese sentido, debe observarse que, antes del advenimiento de la crisis, el injustificado envilecimiento de las cotizaciones petroleras permitió que las grandes corporaciones transnacionales mantuvieran deprimidas a las economías de los países exportadores —todos ubicados en el Tercer Mundo— menoscabando su “capacidad de resistencia” ante el expolio de su recurso. Luego, con el estallido de la crisis energética, el aumento de los precios del petróleo no sólo sirvió a Estados Unidos para privilegiar su economía en la competencia internacional, sino que además hizo posible la recirculación preferencial de los petrodólares que financiaron la recuperación inmediata de aquella economía, mientras el Gobierno estadounidense adoptaba la estrategia de presentar dramáticamente como “crisis de energía” las manifestaciones de la crisis estructural que se gestaba en el propio sistema desde los últimos años de la década de los sesenta.

#### EL PAPEL DE LA OPEP EN LA CRISIS ENERGÉTICA

La crisis mundial del petróleo, con sus agravamientos y atenuaciones temporales, continuaba actuando esencialmente para beneficio mayor de las transnacionales, que aprovechaban la coyuntura alcista de los precios para acelerar el ritmo de su acumulación. Los efectos de esa crisis fueron tanto más graves cuanto más dominio concentraban las corporaciones energéticas, y éstas no cesaban de fortalecer su poder e incrementar sus lucros debido precisamente a la propia recurrencia de la crisis. Entre la OPEP, los países importadores industrializados y los países subdesarrollados con balanza petrolera deficitaria quedaba interpuesta la actuación de esas grandes corporaciones que, con operaciones altamente integradas y mecanismos internacionales casi incontrolables, privilegiaban el móvil de exacerbar sus ganancias en detrimento de los intereses de los estados que abastecen petróleo y la mayoría de los países que lo importan. Ello se hizo no sin que esas mismas empresas recurrieran a pautas de comercialización artificiosas que han pervertido el comportamiento de la oferta, creando finalmente, por medio de un precio recargado en el llamado mercado *ocasional* o *de entrega inmediata*,<sup>12</sup>

5. *Ibid.*, p. 137.

6. *Ibid.*, pp. 144-145.

7. *Idem.*

8. La Documentation Française, *Problèmes Economiques*, núm. 1674, París, 21 de mayo de 1980, p. 6.

9. Alexandre Faure, “Los conflictos interimperialistas en la crisis de energía”, en *La crisis del imperialismo* (varios autores), Editorial Fontanella, Barcelona, 1975, p. 51.

10. David A. Deese y Linda B. Miller, “Western Europe”, en D.A. Deese y Joseph S. Nye (eds.), *Energy and Security*, Ballinger, Cambridge (Mass.), 1981, p. 185.

11. FMI, *Estadísticas financieras internacionales* (anuario), Washington, 1981, p. 65.

12. Al facilitar la constitución y el funcionamiento de mercados ocasionales en Rotterdam, Singapur, Bahamas e Italia, para negociar volúmenes de petróleo a precios más altos en entrega inmediata, las corporaciones transnacionales y los gobiernos occidentales especularon con la colocación de excedentes petroleros que quebrantaban los precios y estimulaban la desviación competitiva de algunos países exportadores, con la posibilidad de deteriorar —a cierto plazo— la solidaridad de los países de la OPEP. Véase André Granou, “Coartada para políticas erróneas”, en *Le Monde Diplomatique en español*, vol. 2, núm. 13, México, enero de 1980, p. 6.

situaciones tan favorables para sus beneficios como lesivas para el tráfico regular entre exportadores e importadores.

Nada, como antídoto de esa anomalía en el comercio de los hidrocarburos, resultaba más procedente que arbitrar fórmulas de rectificación en el movimiento de las exportaciones. Empero, esto, que figuraba como proposición de algunos países de la OPEP, no podía lograrse mientras otros miembros de la organización, como Arabia Saudita, Kuwait, Qatar y los Emiratos Arabes Unidos, mantuvieran contra toda política de conservación de una actitud consecuente con ciertos países occidentales que les exigían elevados volúmenes de exportación para satisfacer sus inmoderadas necesidades de consumo. Algunos países exportadores, con una manifiesta preocupación conservacionista en torno a su recurso, se pronunciaron entonces por reducir el ritmo de la producción de hidrocarburos, estimando que cuanto más perduraran las reservas petrolíferas de la OPEP, más prorrogaría esta organización su vigencia en el escenario energético mundial. Esos mismos países han entendido que la contracción de la oferta —cuando es reconducida con alzas de la factura petrolera— se traduce en un aumento de los ingresos provenientes de sus exportaciones; también han comprendido que para ellos, como países con balanza de pagos excedentaria, el cambio de unas reservas petrolíferas revalorizadas por unas reservas monetarias desvalorizadas a causa de la escalada inflacionaria mundial, constituye una situación nada favorable en términos de sus costos de oportunidad.

En efecto, los quebrantos del dólar, ocasionados tanto por la renuencia de Estados Unidos a disminuir sus importaciones petroleras en acatamiento a razones estratégicas, como también por el indulgente tratamiento que confería el Gobierno estadounidense a la inflación de ese país, acrecentaban cada vez más la desvalorización de las reservas en divisas en poder de los miembros de la OPEP. Ello agravaba el problema del encarecimiento del petróleo en la medida en que los estados exportadores aumentaban sus cotizaciones para contrarrestar los efectos de la devaluación del dólar en el poder adquisitivo de sus ingresos de exportación. Al mismo tiempo, las protestas y reticencias contra los países abastecedores por la subida de los precios, acompañadas de las amenazas de Estados Unidos de intervenir militarmente en las áreas productoras estratégicas, permitían a los gobiernos occidentales encubrir el hecho de que sus políticas de austeridad, no siempre exentas de las presiones presupuestarias con inspiración armamentista, no habían logrado desalentar las propagaciones inflacionarias que afectaban a los sectores más dinámicos de sus economías. La inflación de los centros, como siempre ocurría, era luego transmitida a los países proveedores de petróleo por medio del intercambio desigual y los desequilibrios monetarios internacionales, provocando en ellos la erosión de su poder adquisitivo externo y la consiguiente decisión de resarcir el deterioro de sus reservas monetarias mediante la fijación de niveles más remunerativos en sus precios de exportación. Sin embargo, a pesar del aumento en las cotizaciones petroleras, los ingresos de los países de la OPEP descendían en términos relativos como consecuencia de los efectos que sobre sus economías tenían las caídas recurrentes del dólar, la inflación importada y la consecuente degradación de los términos de intercambio.

Eso ocurría a la vez que el alto valor mercantil de los hidrocarburos líquidos incitaba la pugna interimperialista por participar en el dominio internacional de la energía, precipitando los mecanismos de concentración del poder monopolístico

energético<sup>13</sup> y, consiguientemente, la extinción del modelo de competencia real en la comercialización del recurso. En tales condiciones, la oferta petrolera se convertía en un problema político mundial de primera importancia que no ha tenido una réplica coherente y orgánica a escala de las economías occidentales dominantes, porque éstas, con distintos grados de subordinación energética externa, han estado separadas por rivalidades intercapitalistas que no excluyen las discrepancias en cuanto al uso de la energía nuclear. El resultado de aquellas rivalidades se traducía generalmente en caídas monetarias internacionales que degradaban más todavía el valor —a precios constantes— de la materia prima energética, colocando de nuevo a los estados productores en la obligación de arbitrar contrarrestos en la valorización de su recurso. Así, la trayectoria ascendente de los precios del petróleo, determinada en gran parte por la fijación periódica de alzas compensatorias, era en gran parte consecuencia de la inestabilidad monetaria que el sistema capitalista exhibía globalmente.

Ante esa situación, los países del Tercer Mundo plantearon la necesidad de transitar del *desorden petrolero mundial a un nuevo orden internacional de la energía*, considerando que la línea divisoria entre los intereses de los países consumidores y los de los países productores se tornaba cada vez más conflictiva en un mundo donde virtualmente todo desequilibrio internacional tenía consecuencias en el ámbito interno de ambos grupos de países, y en donde toda cuestión interna de los países repercutía de diversos modos en el contexto internacional. Sin embargo, la voz tercermundista entonces se frustraba en un “diálogo de sordos”, que no ocultaba los egoísmos nacionales de las potencias que administran el mundo conforme a un orden internacional oligárquico, y para las cuales la dicotomía entre el centro dominante y la periferia dominada constituye, con sus flagrantes desigualdades, la fuente de la hegemonía que ostentan sobre la base de un desarrollo expoliador.

Los países exportadores, no obstante sus mejores condiciones de negociación, continuaron soportando la erosión de sus ingresos petroleros a causa de la inflación importada y la desvalorización del dólar en el mercado monetario internacional. Para compensar tal deterioro, la OPEP, después de algunas advertencias hechas a las naciones industrializadas que constituían su clientela, aumentó las cotizaciones de sus hidrocarburos en más de 100% de fines de 1978 a junio de 1980. Para los países de la OCDE eso originó un incremento de la factura petrolera de 140 000 millones de dólares en 1978 (importaciones netas aproximadas a 27 millones de barriles diarios) a un monto de 290 000 millones de dólares en 1980 (importaciones netas cercanas a los 25 millones de barriles diarios).<sup>14</sup> El efecto directo de las nuevas alzas de precios en las economías subdesarrolladas no petroleras se tradujo en una factura que aumentó de 26 000 millones de dólares en 1978 a 51 000 millones en 1980,<sup>15</sup> con una variación equivalente a

13. Una evidencia de la concentración de ese poder ha sido suministrada recientemente por la Agencia Internacional de la Energía, al informar que las grandes naciones capitalistas occidentales controlan, en las actividades petroleras internacionales, “65% del transporte, 93% de la capacidad de refinación y 100% de la capacidad de distribución”. Véase Agencia Internacional de la Energía, *L'énergie et l'économie*, documentos de la reunión parlamentaria organizada por la OCDE y la AIE, realizada en París el 10 y 11 de abril de 1981.

14. OCDE, *op. cit.*, p. 138.

15. *Ibid.*, cuadro 37, p. 145.



2% de su producto nacional bruto, aunque la tasa de crecimiento de tales economías, contrariamente a lo sucedido en los países de la OCDE, disminuyó levemente. Eso no fue consecuencia del impacto de las cotizaciones petroleras, pues su tasa de crecimiento bajó de 6% anual en el período 1960-1973 a 5% anual en 1974-1979.<sup>16</sup>

Así cuantificada, la situación presenta diferencias significativas entre las naciones de la OCDE y los países periféricos no productores de petróleo, ya que aquellas naciones, por su elevado desarrollo, han podido ajustar sus déficit con mayor rapidez y menor dificultad, mientras que estos países, por ser estructuralmente deficitarios, han sido más vulnerables y sensibles a factores económicos externos. La disminución del crecimiento en las economías de la OCDE y la caída de la capacidad de absorción en los países de la OPEP han ocasionado un descenso de las exportaciones tradicionales de los países subdesarrollados no petroleros y, consiguientemente, una contracción de su poder adquisitivo externo.

La revalorización del petróleo en el período 1973-1980 causó, como se deduce de lo antes expuesto, una extraordinaria transferencia de ingresos desde el bloque de la vanguardia capitalista hacia el área de los países exportadores netos de ese recurso. Eso tuvo tal repercusión en las economías de ambos grupos de países que los años setenta fueron bautizados por la OCDE el “decenio de la OPEP”. Sin embargo, la capacidad de absorción de inversiones que tenían las economías de los países proveedores de petróleo era entonces tan limitada —en virtud de la estrechez de su planta productiva y la carencia de proyectos inmediatamente realizables— que el volumen de ingresos percibidos no podía ser inyectado localmente sin causar una grave congestión económica y fuertes presiones inflacionarias internas. Para evitar estos trastornos y asegurar la capitalización de su renta petrolera en mercados financieros altamente lucrativos, los países de la OPEP —principalmente Arabia Saudita, Irán, Libia, Kuwait y Venezuela— procedieron a invertir en el exterior sus petrodólares excedentarios. La mayor proporción de esos excedentes fue obtenida e invertida en los años 1974, 1979 y 1980, cuando los impactos de las cotizaciones resultaron mayores a causa de acontecimientos que agravaron la crisis de suministros.

El cuadro 1, que contiene las cifras de los ingresos petroleros y la inversión internacional de los petrodólares excedentarios de la OPEP, hace evidente una rápida evolución de los activos financieros acumulados por los países de esta organización, que pasaron de 8 000 millones de dólares en 1973 a 347 000 millones en 1980. En el mismo cuadro puede observarse que la inversión de los petrodólares remanentes se ha realizado principalmente en Estados Unidos, el Reino Unido, otros países desarrollados de Occidente e instituciones financieras internacionales (FMI y Banco Mundial), contribuyendo al restablecimiento del papel del dólar como moneda de inversión, conforme procuraban las “petromonarquías” del Medio Oriente; también cooperaron a financiar el deterioro de las balanzas de pagos de algunas naciones de la OCDE y a la parcial recuperación del sistema monetario internacional, con lo cual se ha evitado que el mundo capitalista occidental se precipitara en una crisis —con posibilidades de grandes bancarrotas y niveles más altos de desempleo masivo— de

proporciones mayores que la atribuida convencionalmente al régimen remunerativo de los precios del petróleo. Los frutos de la recirculación de los petrodólares, que han sido cosechados mediante mecanismos supranacionales depredadores, han significado “una verdadera confiscación de la renta petrolera”,<sup>17</sup> convirtiendo a los países superavitarios de la OPEP en financiadores del costo de recuperación de la economía internacional, del importe de la reconversión energética en los países industrializados consumidores y del redespigüe industrial postulado en la nueva estrategia de expansión dominante desde los centros a la periferia.<sup>18</sup>

Un examen preliminar de los mecanismos y efectos de la recirculación conduce a conclusiones que no confirman algunas opiniones de los países capitalistas avanzados acerca del papel de los excedentes financieros de la OPEP en la economía mundial. En efecto, el empleo de tales excedentes ha ocurrido conforme a una nueva concepción estratégica del capitalismo de los centros que involucra a los principales países exportadores de petróleo como protagonistas dependientes en la nueva división internacional del trabajo, integrándolos en un contexto económico, político y militar bajo la dominación de la vanguardia capitalista de Occidente, mediante negociaciones que subordinan la regularidad de los suministros petroleros al elevado rendimiento de las operaciones de intermediación financiera centralizadas en las metrópolis del sistema.

De esa manera la recirculación de los petrodólares de la OPEP, tal como ha sido prevista en el esquema secundario propuesto por Kissinger-Simon, resulta paradójicamente sometida a mecanismos que representan el empeño de los grandes países consumidores en reducir el valor real de los suministros petroleros, así como en establecer —entre los límites impuestos por las dificultades de las tecnologías alternas— un régimen de crédito internacional para el financiamiento de las actividades de reconversión energética. Para ello se aprovecharía que los petrodólares recirculados masivamente quedan siempre, por requerimiento de aquellos mecanismos, en el circuito de los poderosos bancos internacionales que monopolizan la administración y el control estratégico de las operaciones financieras en el ámbito mundial.

En perspectiva y proporción distintas, los países tercermundistas no petroleros, afectados en medida considerable por el encarecimiento de los hidrocarburos líquidos, han obtenido cierta atenuación de su balance deficitario mediante la aplicación de los fondos de la OPEP. En efecto, por una parte, la recirculación de petrodólares excedentarios ha contribuido colateralmente al financiamiento de las economías de aquellos países, en el sentido de que la abundante oferta financiera, con la consecuente presión bajista sobre el costo del dinero en los mercados occidentales, ha posibilitado la expansión de la demanda de crédito internacional proveniente de los países periféricos con balanza petrolera deficitaria. Por otra parte, los estados de la OPEP, que en su mayoría poseen liquidez internacional excedentaria, han proporcionado directa e indirectamente a otros países del mundo subdesarrollado, recursos de inversión para sus economías, contribuyendo a impedir

17. Abdelkader Sid-Ahmed, *L'OPEP: passé, présent et perspectives*, Economica, París, 1980, p. 209.

18. *Ibid.*

16. *Ibid.*, p. 144.

CUADRO 1

*Ingresos e inversión en el exterior de los petrodólares excedentarios de la OPEP, 1973-1980*  
(Miles de millones de dólares)

	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979 <sup>a</sup>	1980 <sup>b</sup>
Exportaciones	42	116	107	132	145	146	212	306
Importaciones	21	39	58	68	84	104	102	138
Servicios y transferencias netas	- 14	- 17	- 22	- 28	- 32	- 37	- 43	- 54
Excedente anual	7	60	27	36	29	5	67	114
Excedente acumulado		67	94	130	159	164	231	347
Inversión en el exterior de los petrodólares excedentarios		57.0	35.2	37.2	33.5	13.4	53.8	n.d.
1) en Estados Unidos		11.6	9.5	12.0	9.1	1.3	8.9	n.d.
2) en el Reino Unido		21.0	4.3	4.5	3.8	- 1.8	17.2	n.d.
3) en otros países		20.9	17.4	18.7	20.3	13.8	28.1	n.d.
4) en el FMI y el Banco Mundial		3.5	4.0	2.0	0.3	0.1	- 0.4	n.d.

a. Estimaciones.

b. Previsiones.

Fuente: *Perspectives Economiques de l'OCDE*, núm. 27, OCDE, París, julio de 1980, p. 143.

—desde el primer *shock* energético en 1973-1974— una mayor declinación en su ritmo de crecimiento. En tal sentido, la ayuda de la OPEP no sólo ha consistido en la donación concesional y la asistencia directa a los países pobres más afectados por la crisis de energía, sino también en la celebración de acuerdos de intermediación oficial para canalizar fondos de inversión hacia los países subdesarrollados a través de instituciones financieras multilaterales, aportando 71% de los recursos de *facilidad petrolera* del FMI y luego 50% de los recursos de *facilidad financiera suplementaria* de la misma institución.

El aporte financiero de la OPEP, desde 1974 hasta el presente, ha constituido una significativa provisión de capital de desarrollo para otros países del Tercer Mundo. La cifra total de los desembolsos netos oficiales de los estados de esa organización hacia países del mundo subdesarrollado fue —según las últimas informaciones disponibles— de 1 750 millones de dólares en 1973, de 8 170 millones en 1975 y de 5 780 millones en 1978,<sup>19</sup> todo lo cual representa una magnitud acumulada de 15 700 millones de dólares en esos mismos años, correspondiendo aproximadamente las dos terceras partes de esa magnitud a los 45 países periféricos más gravemente afectados por la crisis capitalista mundial durante los años setenta.<sup>20</sup> Los recursos efectivamente recibidos por estos países les han permitido cubrir en parte sus requerimientos de liquidez internacional a corto plazo y afrontar parcialmente sus necesidades de financiación del desarrollo a largo plazo. A pesar de que la OPEP no ha contraído formalmente el compromiso de financiar las importaciones de hidrocarburos realizadas por las economías deficitarias del Tercer Mundo, una porción considerable de sus desembolsos financieros ha sido dirigida a moderar la repercusión desfavorable del aumento de los precios del petróleo en la balanza de pagos de

tales economías, mediante aportaciones al régimen de facilidades petroleras del Fondo Monetario Internacional y por medio de créditos bilaterales para la financiación de las importaciones del crudo.

Aunque los flujos de fondos de los países de la OPEP hacia otros países subdesarrollados han aumentado en el transcurso de los años, es indudable que el déficit creciente de estos últimos implica cada vez mayores dificultades en el financiamiento del saldo negativo de sus balanzas de pagos. Los recursos aplicados al respecto por los estados de aquella organización no alcanzan a resarcir plenamente los efectos de la sustracción financiera que con pretexto de cooperación económica internacional realiza de modo sistemático el capitalismo de los centros sobre el capitalismo de la periferia, tal como lo confirma el hecho de que cada dólar de asistencia conferida de manera condicionada por las naciones capitalistas prósperas a los países pobres genera, ordinariamente, una ganancia de 2 a 3 dólares en el producto territorial bruto de aquellas naciones.<sup>21</sup>

El Tercer Mundo deficitario deberá afrontar las dificultades y los riesgos en el transcurso de un prolongado período de ajustes, que requiere esfuerzos importantes para que se despeje el horizonte energético mundial. Puede ocurrir que en el futuro se reduzca la ayuda de los países de la OPEP al Tercer Mundo si se considera, en primer lugar, que sus flujos financieros para el desarrollo de la periferia no petrolera provienen de la realización mercantil de un recurso natural no renovable, que ha estado disminuyendo; en segundo lugar, por la acumulación de activos líquidos en la mayor parte de los miembros donantes de esa organización, conforme a una tendencia que pudiera acentuarse si se aplicara cada vez una mayor proporción de esos fondos en el financiamiento del desarrollo interno o se restringiera la producción petrolera por mandato de una forzosa política de conservación del recurso. En cualquier caso, corresponde a los países tercermundistas instituciona-

19. Ibrahim F.I. Shihata, *La OPEP como grupo donante*, Fondo OPEP para el Desarrollo Internacional, Buenos Aires, junio de 1981, p. 9.

20. Fondo Especial de la OPEP, *El informe de la UNCTAD sobre ayuda financiera de la OPEP (un resumen)*, Viena, julio de 1979, p. 14.

21. I.F.I. Shihata, *op. cit.*, p. 6.

lizar prácticas de ahorro energético y redoblar las reivindicaciones por la revalorización internacional de sus materias primas tradicionales.

#### LA OPEP Y EL TERCER MUNDO EN LAS PERSPECTIVAS ENERGÉTICAS MUNDIALES

Antes del esbozo de las perspectivas energéticas mundiales, observadas en un contexto que involucra tanto la confrontación de intereses entre la OPEP y los países de la OCDE, como la paradoja de la *solidaridad contradictoria* de la OPEP y el Tercer Mundo, es menester referirse a las contradicciones surgidas en el seno de esa organización, como consecuencia de las diferentes posiciones adoptadas por sus miembros en relación con los niveles de precio y producción que debían establecerse. En no pocas oportunidades los precios del petróleo han sido fijados por la OPEP atendiendo más la particular conveniencia de algunos de sus miembros que las condiciones reales del mercado petrolero internacional. En ciertas ocasiones, cuando la situación deficitaria del mercado ha justificado el aumento de las cotizaciones del petróleo, la posición de Arabia Saudita, Kuwait, Qatar y los Emiratos Arabes Unidos, países con una actitud conservadora y pro-occidental en términos de los intereses financieros que mantienen en Estados Unidos y Europa, ha significado un rotundo rechazo a la proposición de aumentar los precios del recurso. Por su parte, Libia, Argelia, Iraq e Irán, con criterios de reivindicación beligerantes, se han pronunciado a favor de la revalorización de sus hidrocarburos, por considerar que la devaluación del dólar y la inflación mundial erosionaban constantemente el poder adquisitivo de su renta petrolera. Por último, otros países relativamente neutrales de la organización, que apenas podían garantizar un precario equilibrio entre ambas tendencias, han carecido de fuerza suficiente para inclinarse a favor del alza de los precios la balanza de intereses y poderes ahí congregados. La unidad de la OPEP, tan frágil como prodigiosa, es entonces un extraño atributo que desafa los pronósticos y las expectativas.

A raíz de la crisis de Irán en 1978-1979, el corte y la reducción de los suministros petroleros de ese país agravaron en el mercado mundial la inminencia de un desequilibrio que al cabo pudo restablecerse mediante incrementos compensatorios en la producción de los países árabes de la OPEP que mantenían una convergencia de intereses con las principales economías occidentales. Arabia Saudita, que podía suplir la escasez incidental motivada por la coyuntura política iraní, únicamente requería efectuar en plazo perentorio algunos acondicionamientos en su infraestructura operativa para aumentar su producción de 9 a 12 millones de barriles diarios, con lo cual no sólo eliminaba el peligro del desabastecimiento parcial de algunos clientes occidentales, sino derogaba también las presiones alcistas que por aquella razón podían propagarse en escala internacional sobre el nivel de las cotizaciones petroleras. Ahmed Zaki Yamani, ministro saudita del petróleo que ostentaba hábilmente en sus declaraciones el poderío estratégico de su reino, parecía entender que el derrocamiento del Sha de Irán se había traducido muy pronto en ventaja de Arabia Saudita, como país petrolero al cual se adjudicaba un papel clave en la explosiva región del Golfo Pérsico.

graves conflictos en el Medio Oriente, Henry Kissinger había formulado la tesis de la "doctrina Nixon" según la cual Estados Unidos debía incitar la creación de *gendarmes regionales* en áreas estratégicas del mundo.<sup>22</sup> Tanto entonces como después ha correspondido a Arabia Saudita desempeñar una función pro-occidental de estado vigilante, con actuaciones que no pocas veces influyen en la geopolítica mundial del petróleo, al situar sus intereses petroleros y financieros en conformidad con intereses similares de las principales naciones capitalistas de Occidente, y en una perspectiva que dispensa seguridad y ventajas a esas mismas naciones con respecto a los países de la OPEP que mantienen una actitud beligerante en la tarea de reivindicar —contra el comportamiento confiscatorio del capitalismo de los centros— la revalorización de su materia prima energética.

En ese contexto, que mal puede observarse sin estimar particularmente la importancia presente y futura de los recursos escasos y no renovables en las economías subdesarrolladas, el precio del petróleo, en la medida que tiende a niveles más remunerativos, constituye un elemento a propósito del cual continuarán las confrontaciones entre los países capitalistas desarrollados, con dificultades para utilizar otras fuentes energéticas, y los países proveedores de petróleo, que a mediano y largo plazo no tienen posibilidad de transformar su modelo monoexportador en otro de más eficiencia con mayor diversificación productiva. En este sentido, la valorización del petróleo, según los mecanismos sumamente imperfectos que rigen su mercado, se establece sin reconocer la dramática realidad que yace en el ocaso del modelo de desarrollo permanente, ni advertir los traumas y peligros que comportan los *límites del crecimiento*, sino otorgando a esa riqueza un valor mercantil sólo determinado por las vicisitudes del mercado y por la incidencia de ese valor en la economía capitalista mundial; se hace caso omiso de los rasgos y cualidades consubstanciados con el valor crítico que le confieren desde ahora las perspectivas energéticas futuras, como son su versatilidad a cualquier uso en la paz o en la guerra, su caótica escasez en el ámbito planetario y el alto costo de su irrenovabilidad inevitable. Podría discutirse la mayor o menor temporalidad inherente al límite del consumo exponencial de la energía petrolera, pero no es controvertible la opinión de que el tiempo que le falta a la humanidad para utilizar otras fuentes energéticas no impugnables debe ser correlativo de la acelerada tendencia al agotamiento del petróleo, como riqueza consumida por las fuerzas del crecimiento ilimitado, a un ritmo insoportable.

La crisis de energía ha planteado un reto ineluctable, no sólo a las naciones capitalistas con elevado consumo de petróleo, sino también a los países productores integrantes de la OPEP, o con fueros propios de exportación y negociación, en virtud de que los cuantiosos ingresos percibidos a raíz del alza de las cotizaciones petroleras no les han permitido disminuir el costo gravoso de la dependencia estructural que mantienen con respecto a las naciones abanderadas del capitalismo mundial. El flujo de divisas obtenido a cambio de la liquidación de la riqueza petrolera parece constituir, tal como afirma Georges Corm, "un regalo envenenado para los

países de la OPEP".<sup>23</sup> En efecto, el comportamiento de sus economías, con una desventajosa división del trabajo impuesta por el carácter primario de su modelo productivo, ha determinado que tengan una baja capacidad de absorción de inversiones, lo cual les ha impedido asimilar un gran financiamiento del desarrollo sin la congestión inflacionaria consiguiente, motivando así la recirculación de sus petrodólares excedentarios en condiciones favorables para los países industrializados recipientes.

La extrapolación de las tendencias energéticas recientes permite pronosticar que el sistema económico mundial, sin descontar el desarrollo de fuentes renovables de energía, deberá afrontar algunos desequilibrios provenientes de necesidades de consumo petrolero no cubiertas enteramente a largo plazo, pues entonces la oferta de petróleo cesará de satisfacer la demanda creciente del recurso antes de la culminación del presente siglo —muy probablemente entre 1985 y 1995— aun si se considera que los precios de la energía se incrementen en una proporción considerable sobre los niveles de cotización actual en términos reales.<sup>24</sup> Como observación de carácter general acerca de las perspectivas energéticas futuras, casi seguramente puede vaticinarse que la demanda de energía petrolera seguirá aumentando en forma simultánea con el desarrollo económico mundial, aunque a un ritmo más moderado que actualmente, por la combinación de los efectos de la saturación industrial, la reconversión energética y la evolución sostenida de los precios del petróleo. Esto significa que la "interdependencia de la economía energética" en escala mundial persistirá a largo plazo, con la probabilidad de que en ciertos años se torne crítica para el normal desenvolvimiento de un "orden económico estable".<sup>25</sup>

Se ha pronosticado, no siempre con idénticos criterios prospectivos, que si se mantienen los actuales niveles de consumo petrolero dispendioso sobrevendrán casi inexorablemente futuras crisis en los países capitalistas consumidores. Por eso, tales países, signados por las pautas de consumo que les impone su opulencia, tendrán que afrontar el desafío que representa la irracionalidad con que opera su propio modelo de desarrollo, recurriendo a opciones tecnológicas que se ajusten a las exigencias de racionalización de la producción y el consumo. Empero, un balance de las evidencias actuales en materia de subrogación energética no permite reconocer avances significativos en tal sentido, lo cual influye notablemente en la necesidad de fortalecer las relaciones entre los países importadores y los exportadores de petróleo, aceptando que la dependencia unilateral de éstos con respecto a aquéllos deberá convertirse en una interdependencia que garantice —con los auspicios de un intercambio menos desigual— el flujo inverso de mercancías y capitales. En estas condiciones, que suponen la existencia de mecanismos concretos de cooperación internacional, los países productores de petróleo continuarán acumulando excedentes financieros durante muchos años,

aunque en circunstancias no claramente predecibles en cuanto a la estrategia que habrán de asumir para el mejor empleo de las rentas netas de sus exportaciones.

Razones de seguridad y defensa, estrechamente vinculadas con el carácter conflictivo de las relaciones en el orden internacional, determinan que los centros hegemónicos del capitalismo mundial adopten en lo sucesivo planes de *independencia energética* basados en reajustes estructurales que autoricen la reducción del consumo nacional de energía y, en algunos casos, el aumento de la producción interna de la misma. En lo que respecta a la disminución relativa del consumo, los problemas inherentes a la política elegida para restringir el aumento de la energía tendrán repercusiones tan sensibles en la periferia como en aquellos centros; en lo concerniente al aumento de la producción, los países capitalistas avanzados, con riqueza petrolífera propia, no encontrarán alicientes productivos en las caídas erráticas de precios, pues en ellos se desalentarían los factores que rentabilizan la explotación interna, ocasionando retrasos considerables de inversión que prolongarían la dependencia de las importaciones petroleras. Se configuraría, así, una problemática difícil de resolver, en perspectivas que no contemplen definidos criterios de interdependencia.

Los países del Tercer Mundo no productores de petróleo, en virtud de sus severas carencias estructurales, deberán afrontar con mayores limitaciones y dificultades sus problemas energéticos futuros, pues, en hipótesis de un crecimiento lento de sus economías, la insuficiencia de capitales les impedirá el financiamiento endógeno del déficit de energía. De otro modo, la opción de pagar importaciones petroleras a precios tendencialmente altos les impondrá la obligación de reducir otras importaciones esenciales, en condiciones agravadas por la difusión mundial de las perturbaciones inflacionarias. Esos países, por mandato de una división internacional del trabajo que los relega a una precaria situación competitiva, estarán condenados a cubrir sus déficit energéticos con importaciones sometidas a la seguridad de unas cotizaciones que no podrán ser solventadas sino mediante la exportación de un volumen cada vez mayor de productos nacionales para obtener no siempre la energía requerida. Esto no significa que el balance energético deficitario de esos países sea limitativo de su crecimiento económico a largo plazo. Sólo se vaticina con respecto a ellos una situación estructural que podría colocar las perspectivas de su crecimiento en dependencia de factores restrictivos no circunstanciales. En esas condiciones, deberán adoptar un patrón productivo que signifique la reducción de la energía consumida para obtener un determinado volumen de producción nacional, tomando en cuenta que la disciplina para eliminar el despilfarro y mejorar el rendimiento energético constituye la forma más barata y rentable de utilizar la energía disponible.

Nada en la naturaleza de las tendencias actuales impide pronosticar el comportamiento conflictivo del sistema capitalista mundial en una perspectiva futura que valda la razón de presentar, como ha propuesto Sweezy, *el presente como historia*. Ocurra lo que ocurra, sea cualquiera la intensidad de las crisis del capitalismo en lo que resta del presente siglo, el Tercer Mundo, con la suma algebraica de sus carencias y potencialidades creadoras, tendrá la posibilidad de reafirmar su entidad sobre los quebrantos seculares del propio sistema. □

23. Georges Corm, "Los costos del redespigamiento industrial", en *Le Monde Diplomatique en español*, vol. 2, núm. 13, México, enero de 1980, p. 7.

24. Seminario sobre Opciones de Estrategia Energética (proyecto patrocinado por el MIT), *Energy: global prospects 1985-2000*, McGraw-Hill, Nueva York, 1977.

25. Douglas Evans, *Política energética de Occidente*, Troquel, Buenos Aires, 1980, p. 210.